

BELLEZA Y TIEMPO

El pasado viernes ella no estaba, pero sí la mejor novela de Oscar Wilde: “El Retrato de Dorian Gray”: un desgarrado manifiesto sobre la tiranía que ejerce la Belleza sobre los seres humanos, y la que ejerce el Tiempo sobre la Belleza. El arranque del libro ya nos avisa de la brillantez de toda la obra, pero a mí se me hace difícil no oír los acordes de la tragedia vital de su creador mientras suenan entre las páginas los que él compuso para sus personajes. Wilde, después de una juventud almibarada de éxito, moriría solo, arruinado, humillado por el amor que incendió su alma y su vida: Lord Alfred Douglas.

Y me puse a leer las primeras páginas, que están ahí para siempre, inmunes al Tiempo: ese empujón metafísico que no nos deja en paz, que nos saca sin piedad de cualquier paraíso, que nos envejece, que nos afea, que nos mata, el muy cabrón. En esas páginas un lord inglés visita a un amigo pintor que está retratando a un joven de belleza descomunal: Dorian Gray. El lord se estremece nada más verle y aún más al contemplar el retrato, momento que aprovecha para lanzar un terrible aviso: “El tiempo está celoso de usted y lucha contra sus lirios y sus rosas.” Y Dorian Gray sentirá entonces “como si le hubieran colocado una mano de hielo en el corazón”, porque ha descubierto que se está alejando de ese momento de belleza que el lienzo hace eterna, y sentirá unos celos terribles por esa imagen.

Cerré la novela de Wilde y abrí la de mi vida. Me centré en unas páginas muy cercanas que describen un momento eterno en que mi cuerpo y el de una mujer negra se han convertido en dos abismos de piel, asomados uno al otro, iluminados por una luz muy parecida a la de los sueños. Quise leer mi novela hasta el final pero, claro, no pude. Miré al cielo y le sugerí a mi escritor que sería más fascinante, más original, si ella y yo habitáramos sus frases juntos, y si con los años fuéramos capaces de ver el mundo, y a nosotros mismos, como lo hacía Wang Fô: ese pintor chino que describió Marguerite Yourcenar en sus “Cuentos Orientales”, y cuyos ojos convertían en belleza eterna cualquier cosa que observaran, incluida la vejez, la enfermedad o la muerte. Esos ojos que no supo tener Oscar Wilde y que le hubieran liberado de la tortura de la Belleza y del Tiempo.